

Robert Louis Stevenson

El extraño caso del
Dr. Jekyll
y Mr. Hyde

longseller
ESENCIALES

Índice

Prólogo	5
Historia de la puerta	9
En busca de míster Hyde	19
El doctor Jekyll estaba tranquilo y cómodo	33
El caso del asesinato de Carew	38
El incidente de la carta	47
El notable incidente del doctor Lanyon	56
El incidente de la ventana	62
La última noche	66
La narración del doctor Lanyon	86
Declaración completa de Henry Jekyll acerca del caso	98

Prólogo

De un escritor tan poco convencional como Robert Louis Stevenson (1850-1894) no podía sino esperarse una historia que supera todos los lugares comunes. El cine ha contado mil veces esta historia incluso desde el humor del científico que, gracias a una misteriosa pócima, libera una parte de su ser cuya existencia no sospechaba y que comete actos que lo llenan de espanto. Sin embargo, si recorremos ese relato tal como lo imaginó su autor, descubriremos un universo aún más fascinante que el que transmite la pantalla. Por empezar, que el bien es inseparable del mal y no dos posibilidades entre las que se podría elegir, y que el bien puede percibir el mal, pero no al revés. Es decir que el mal es ciego ante todo. Con ese material, Stevenson escribió, en 1886, *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, tres años después de la aparición de la novela que lo convertiría en un clásico: *La isla del tesoro*.

Desde niño, el escocés Stevenson sufría serios problemas respiratorios, que lo obligaron a permanentes traslados

en busca de atmósferas favorables a sus enfermos pulmones. En varios de los viajes anteriores a *Jekyll* (emprendidos también para escapar de las presiones de su padre ingeniero, que pretendía que su hijo siguiera sus pasos), recorrió Europa y en uno de los sanatorios donde debió internarse conoció a quien sería su esposa y con la que visitó los Estados Unidos. Fueron justamente su esposa y uno de sus hijastros (de dieciséis años por entonces) los primeros lectores de la novela, nacida de una serie de sueños a los que Stevenson se refería como “deliciosos sueños de terror”. La primera versión, escrita en apenas diez días, terminó en el fuego luego de las críticas familiares, pues según algunas teorías, iba mucho más allá de los estrictos límites morales de su época, mientras que otras sostienen que la historia era un tanto confusa en ese primer intento. La segunda escritura demandó una semana más de trabajo febril, lo que demuestra la pasión de Stevenson por su obra y lo que en ella se contaba. Luego, el exilio sería definitivo. La familia Stevenson se instaló en la isla de Upola, en el archipiélago de Samoa, donde transcurrieron los últimos días del escritor. Los nativos lo llamaban “Tusitala” (el narrador), reconociendo en él al gran contador de historias, esas mismas que seguimos disfrutando hoy.

A Katharine De Mattos

*Es locura separar las líneas que Dios quiso unir;
seremos por siempre los frutos del brezo y el viento.*

*Muy lejos del hogar, siempre, para mí,
se hincha leve la retama en el país septentrional.*

Historia de la puerta

El señor Utterson, el abogado, era un hombre de semblante hosco jamás iluminado por una sonrisa; frío, parco y lacónico en la conversación; torpe para los sentimientos; enjuto, alto, sombrío, melancólico y, sin embargo, cautivador. En las reuniones de amigos, y cuando el vino era de su agrado, algo eminentemente humano asomaba a sus ojos; algo que no llegaba a reflejarse en sus palabras, pero que hablaba no solo a través de la silenciosa expresión de su rostro en la sobremesa, sino también, con más fuerza y con mayor frecuencia, a través de las acciones de su vida. Era austero consigo mismo; cuando estaba solo, bebía ginebra para castigar su gusto por los buenos vinos; y aunque le gustaba el teatro, en veinte años no había cruzado la puerta de uno de ellos. Reservaba una enorme tolerancia hacia los demás; algunas veces se maravillaba, hasta con envidia, por la poderosa vitalidad puesta en alguna fechoría ajena; en cualquier caso, se inclinaba más por ayudar que por censurar. "Siento in-

clinación hacia la herejía de Caín –solía decir–. Dejo que mi hermano se vaya al diablo por el camino que más le guste.”

Dado su carácter, tenía frecuentemente la fortuna de ser la última amistad honorable y la última buena influencia en las vidas de los que iban cuesta abajo. Y hacia ellos, mientras continuaran frecuentando su casa, nunca tuvo un cambio de actitud en el trato.

Indudablemente, este comportamiento le resultaba fácil a míster Utterson dado que era un hombre reservado al máximo y que basaba su amistad en una tolerancia solo comparable con su bondad. Es característico de la persona modesta aceptar su círculo de amistades de la mano de la suerte; y esta era la actitud del abogado. Sus amigos eran los de su propia sangre o aquellos a quienes conocía desde hacía largos años; su afecto, como la hiedra, era fruto del tiempo y no de la disposición de la persona a quien lo otorgaba.

Sin duda, eran de esa clase los lazos que lo mantenían unido a Richard Enfield, un pariente lejano y hombre muy conocido en toda la ciudad. Para muchos, era un misterio lo que cada uno pudiera ver en el otro o qué podrían tener en común. Quienes se tropezaban con ellos durante sus habituales paseos dominicales afirmaban que no hablaban, que parecían notablemente aburridos y que recibían con evidente alivio la aparición de cualquier amigo. Sin embargo, los dos hombres apreciaban al máximo estas excursiones, las consideraban la perla de cada sema-

na, y no solo desechaban oportunidades de divertirse, sino que, incluso, se resistían al llamado del trabajo para poder disfrutar de ellas sin interrupciones.

En uno de esos paseos, los dos amigos llegaron a una callejuela de uno de los barrios comerciales de Londres. Era una calle estrecha y de las más tranquilas, aunque muy activa durante los días laborables. Al parecer, todos los vecinos tenían negocios florecientes y todos esperaban que les fuese mejor, por lo que invertían parte de sus ganancias en adornos y coqueterías, de modo que los escaparates que se alineaban a ambos lados de la calle ofrecían un aspecto realmente tentador, como filas de sonrientes vendedoras.

Incluso los domingos, días en que no mostraba sus mejores galas y era relativamente poco frecuentada, la calle brillaba como una hoguera en el bosque, contrastando con el deslucido barrio en que se encontraba, y con sus contraventanas recién pintadas, sus bronce bien pulidos y la pulcritud y alegría que la caracterizaban, instantáneamente llamaba la atención y recreaba a los transeúntes.

A dos casas de una esquina, en la acera de la izquierda, yendo hacia al este, la línea de escaparates era interrumpida por la entrada a un patio y, justamente en ese mismo lugar, un siniestro edificio proyectaba su alero sobre la calle. Consta de dos plantas; carecía de ventanas, no tenía más que una puerta en la planta baja; todo el edificio mostraba la huella de un descuido sórdido y pro-

longado. La puerta, que carecía de campanilla y de llamador, estaba despintada y maltratada. Los vagabundos se refugiaban en el quicio y encendían sus fósforos en la superficie de madera; los niños jugaban a la tienda en sus peldaños; los escolares solían probar el filo de las navajas en sus molduras y por espacio de casi una generación nadie se había preocupado por alejar a esos visitantes inoportunos ni por reparar los estragos.

El señor Enfield y el abogado caminaban por la acera de enfrente, pero, cuando llegaron a la altura de dicha entrada, el primero levantó el bastón y señaló hacia ella.

—¿Habías reparado alguna vez en esa puerta? —preguntó. Y cuando su compañero hubo contestado afirmativamente, añadió—: Siempre la relaciono en mi memoria con un extraño suceso.

—¿De veras? —dijo Utterson, con una ligera alteración en la voz—. ¿De qué se trata?

—Bueno, ocurrió lo siguiente —continuó Enfield—. Regresaba yo a casa, desde un lugar que queda en el fin del mundo, alrededor de las tres de una oscura madrugada de invierno, y mi camino me llevó a atravesar una parte de la ciudad en donde, literalmente, no había nada que ver sino faroles. Recorrí calle tras calle, calles dormidas, iluminadas como para un desfile y vacías como la nave de una iglesia, hasta que me hallé en ese estado de ánimo en que se escucha y escucha y se comienza a desear que aparezca un policía. De pronto vi dos figuras: una era la de un hombre de poca estatura que avanzaba a buen

paso en dirección al este, y la otra, la de una niña de unos ocho o diez años que corría, tan rápido como le permitían sus piernas, por una calle transversal. Bueno, señor, como era de esperar, al llegar a la esquina chocaron uno con otro; y aquí vino la parte horrible de la historia: el hombre pasó con toda tranquilidad sobre el cuerpo de la niña y siguió adelante, a pesar de sus gritos, dejándola tendida en el suelo. Contado de esta manera no parecerá gran cosa, pero viéndolo, fue horrible. Aquel hombre no parecía un ser humano, sino un *Juggernaut*^{*} infernal.

Le grité, eché a correr tras él, lo atrapé por el cuello y lo obligué a regresar al lugar donde unas cuantas personas se habían reunido ya en torno de la niña. El hombre estaba muy tranquilo y no ofreció resistencia, pero me dirigió una mirada tan horrible que me hizo sentir escalofríos. Las personas que se habían reunido eran los propios familiares de la víctima y pronto hizo su aparición el médico, en cuya búsqueda había sido enviada, precisamente, la niña. En fin, según el matasanos, la pobre criatura solo estaba asustada y no tenía nada grave; y supongo que creerás que el incidente terminaría allí. Pero hubo una curiosa circunstancia. Yo había sentido enorme aversión por aquel hombre desde el momento en que lo vi. Lo mismo les había ocurrido, cosa muy natural, a los parientes de la niña. Pero lo que me sorprendió fue la actitud del médi-

* *Juggernaut*: poderosa fuerza destructiva. Proviene de *Jagannath*, nombre dado a Vishnú, divinidad hinduista, que era paseado en un carro bajo cuyas ruedas se arrojaban los fieles.

Las páginas 14 a 128
no están disponibles